

DOS MODOS DE PENSAMIENTO

Desde los comienzos de la Humanidad, el hombre ha creído firmemente que el encanto de la naturaleza, residía en cierto **orden** que mantenían, sus partes; dentro del conjunto. Que cada especie vegetal, mineral o animal, debía conservar su sitio particular dentro de la creación; y que, de ser eliminada (aunque sólo fuese en el pensamiento), el **equilibrio** entero del Universo correría peligro. Que en ésas pautas secretas, reposaba la perfecta armonía del eterno movimiento cósmico.

A partir de ése momento; el máximo interés y esfuerzo del hombre se ha centrado en incorporar todo lo que existe en una única estructura del mundo. Cada acontecimiento individual o particular, se inserta en la conciencia gracias a los parámetros universales del **espacio, tiempo y número**. El primero, establece el orden de la coexistencia; el segundo en la sucesión; y el tercero un orden numérico fijo de magnitud y medida (CFR: Cassirer). Estas son las constantes a las cuales se reduce todo lo cambiante.

Se han elaborado **agrupamientos** de cosas y seres (en base a sus propiedades tanto sensibles como inteligibles); y a las conexiones que, entre ellos, se podían observar.

Estos **sistemas de relaciones** han dado origen, en condiciones históricas particulares y concretas; a lo que podemos analizar como dos modos independientes entre sí, de abordar el mundo: el pensamiento mágico (o mítico), y el científico.

Siempre *`se trata de superar el aislamiento de lo inmediatamente dado; se trata de comprender cómo todo lo individual y particular se trenza en un todo'* (Cassirer:112). Ambas estrategias de conocimiento son igualmente válidas y efectivas; bien articuladas, acabadas y **coherentes**. Similares en cuanto al grado de complejidad y sistematización alcanzado; y en las operaciones mentales y lógicas que suponen. Las diferencias radican, básicamente, en la clase de fenómenos a los que pueden aplicarse y; por lo tanto, en los resultados **prácticos** que obtienen.

Con una historia demasiado breve, de apenas algunos siglos; el **pensamiento científico** opera analíticamente, y procede de lo particular a lo universal. Desde las propiedades comunes, se remonta hacia el **orden racional** de las estructuras que subyacen. Su finalidad es el conocimiento puro, de carácter ideal; no de contenidos reales, sino de conceptos teóricos y lógicos universales. Su actividad pertenece al orden de la metonimia, sustituyendo *`un ser por otro ser, a un efecto por su causa'* (LS,1964:47). Opera por medio de ideas cuya capacidad referencial es ilimitada. La ciencia, elabora sus propios medios y resultados en forma de acontecimientos; sobre la base de los conocimientos acumulados, hipótesis y teorías (estructura). De éste modo, realiza la **apertura** y la extensión del conjunto instrumental con el que cuenta para enfrentar el mundo. El **concepto**, además, pretende ser transparente y fiel a la realidad; por lo cual tiende hacia la **objetivación**.

El **pensamiento mítico**, en cambio; aborda el mundo desde la **intuición sensible**; a través de lo que podríamos llamar una *`lógica de la sensación'* muy próxima a la percepción. Para la reflexión mítica, la impresión inmediata es un absoluto, que se acredita y justifica a sí misma a través de su intensidad. El objeto domina la voluntad de aprehenderlo intelectualmente con la fuerza con que se impone a la conciencia. Sólo se deja atrapar con los sentidos, en el aquí y ahora irreductible (CFR: Cassirer). Opera a fuerza de analogías y paralelos. Por medio de **signos**, cuya particularidad más destacable es la de **mediar** entre la imagen y el concepto. El signo, como tal, incorpora necesariamente cierto rasgo de **humanidad**; y, por ello, tiende a la subjetivación de la realidad.

Como forma intelectual del **bricolage** (CFR:1964), la reflexión mítica dispone de un conjunto finito de instrumentos que recompone según todas sus posibilidades. Aunque éstas sean amplias, siempre son limitadas; por lo que se reducen a ordenamientos nuevos de los mismos materiales según fines antiguos. En el incesante componer y recomponer con mensajes pretransmitidos; condensa la experiencia pasada.

El **pensamiento mítico**, cristalizado sobre la base de una atención sostenida y rigurosa, el empleo de facultades agudizadas, y de una extrema familiarización con el medio biológico; conserva en forma residual un caudal de conocimientos invaluable. Puede *`alcanzar, en el plano intelectual, resultados brillantes e imprevistos'* (1964:36) y anticiparse a los métodos de la ciencia misma. Sus descubrimientos, estuvieron siempre adaptados a lo que la naturaleza autorizaba: es decir, las clasificaciones que se desprendían de su realidad sensible en cuanto tal.

Sin embargo, el pensamiento mágico no se limita a dialogar con las cosas; sino que nos habla de él mismo gracias a ellas. En cada elección que realiza, dentro del universo finito de sus posibilidades, nos deja algo de sí: su humanidad. Y ése es un enorme compromiso.

VIVIR EN EL MUNDO. Espacio y Tiempo.

De los distintos modos de aproximarse y construir el mundo que plantean el pensamiento mítico y científico paralelamente; se desprenden diferentes experiencias de la naturaleza, el espacio, el tiempo, y de la propia humanidad mortal, sexuada y social. A lo largo de la historia el hombre ha adoptado, de modo muy general, dos posiciones antagónicas en el cosmos. Dos comportamientos existenciales. Uno; es el del **ser sagrado** que observamos en las sociedades arcaicas, tradicionales y orientales premodernas. El hecho religioso, es un fenómeno universal, que funda una estructura de lo real, implica una determinada forma de concebir el mundo; y de vivenciarlo. *‘Originariamente, toda la creación cultural (útiles, instituciones, artes, ideologías, etc.) fue una expresión religiosa o tenía una justificación religiosa’* (1997:187,188). En oposición; el **ser profano** que ha sido una adquisición relativamente reciente del espíritu humano: ligada a la acción del pensamiento científico y a los descubrimientos de ciencias tales como la física y la química. Esta nueva experiencia desacralizada del mundo, es típica del hombre de las sociedades modernas occidentales.

Antes de avanzar en ésta diferenciación, es preciso relativizar ésta pareja de contrarios.

En todas las sociedades tradicionales, subsisten áreas de la vida individual y colectiva que no revisten ningún valor sagrado en particular. En otras palabras, que el hombre religioso se sitúe en un cosmos sacralizado, no significa que la totalidad de su realidad se le revele como una experiencia sobrenatural. Por el contrario, dentro de éstos grupos se distinguen claramente los objetos, ocupaciones, sitios y acontecimientos especialmente significativos; de los que no lo son.

Del mismo modo, aún cuando el hombre de hoy habite un mundo sin dioses, despojado de todo carácter y valores religiosos; *‘una existencia profana de semejante índole jamás se encuentra en estado puro’* (ME,1998:22). La persona aún menos creyente conserva lugares ‘santos’ dentro o fuera de sí mismo. Paisajes, recuerdos o fechas, prácticamente sagrados para él. Que se distinguen con claridad del infinito conjunto de los sitios y las cosas. Son como santuarios íntimos, saturados de un significado y de un poder intransmisible. Único, sólo para nosotros. *‘Cualquiera que sea el grado de desacralización del mundo al que haya llegado, el hombre que opta por una vida profana no logra abolir del todo el comportamiento religioso’* (1998:23).

EL HOMBRE PROFANO

Habita un **espacio relativo**, homogéneo y neutro. Para él, no existen rupturas ni fisuras entre las distintas partes de su masa. Puede extenderse, geoméricamente, en cualquier dirección; porque ninguna orientación en particular está dada por su propia estructura. Es posible que reconozca lugares más o menos significativos, sitios entre los que transita con mayor o menor frecuencia y agrado. Pero son estrictamente personales y fluctúan o desaparecen cuando sus intereses, rutinas, o necesidades cotidianas se modifican. Cambia fácilmente de ciudad, de país o de casa según su conveniencia momentánea.

El hombre no religioso, vive enraizado en su **presente histórico**. Y el **tiempo**, fuertemente referido a su propia existencia; tiene un comienzo y un fin irreversible que es la muerte. En medio, su vida; que transcurre en una dimensión del tiempo absolutamente **humana**. Percibe en él cierta heterogeneidad, referida, por ejemplo, a los momentos de descanso, de trabajo o de festejo; pero siempre sabe que se trata de una experiencia que nada tiene que ver con lo sobrenatural y sus misterios.

EL HOMBRE RELIGIOSO

Hay un *homo religiosus* (CFR:1985) que en la multiplicidad de las formas sagradas, busca una misma y primordial relación con lo sobrenatural. Y entra en conocimiento de ello, *'porque se manifiesta'* (ME,1998:14). Algo que no pertenece al mundo natural ni a la dimensión humana de la realidad; se nos revela de pronto. Denominamos a éste acto, en el cual lo sagrado se nos muestra; **hierofanía**. Cualquier elemento del entorno ordinario, cotidiano y profano, puede adquirir un carácter especial, divino; y ser por ello, objeto de veneración. Algo se ha manifestado en él, ajeno a sí mismo y a su propio dominio. Algo extraño que lo excede pero que, al mismo tiempo, él puede contener.

Con el desarrollo de la conciencia mitológica, la santidad o poder trascendental va transfiriéndose de una persona u objeto individual; al espacio, el tiempo y el número: ahora son lugares, épocas y fórmulas milagrosas. Del mismo modo, la alimentación, siembra, caza o recolección, sexualidad, educación y cualquier otra actividad vital para el mantenimiento del individuo o del grupo; puede participar de la realidad trascendental o sobrenatural. Convertirse en un sacramento. En éste caso, la comunión con lo sagrado, estará sujeta a modelos, pautas, restricciones (tabú) y modalidades particulares muy estrictas; de carácter ritual. De forma más amplia, la naturaleza completa puede ser venerada como una de las múltiples manifestaciones de lo divino.

Lo sagrado equivale a la realidad por excelencia; está *'saturado de ser. Potencia sagrada quiere decir, a la vez, realidad, perennidad y eficacia'* (1998:16); pero nada tiene que ver con consideraciones morales o éticas. Se presenta de forma dual y ambivalente. Representa, al mismo tiempo; lo extraño y lo familiar; la fuerza que fascina y aterroriza; la cálida protección y la destrucción más despiadada; el descubrimiento y la ocultación; lo tremendo y lo prohibido. Porque está más allá de cualquier pareja de conceptos, y trasciende la escala de valores humanos.

A partir de la hierofanía, se opera una **ruptura** en la homogeneidad del **espacio**. El sitio exacto donde lo sagrado se ha presentado (significativo y fuerte), se constituye en el punto fijo o **eje central** que orienta y funda el mundo en un mismo acto. Revela una realidad absoluta y es el único espacio que existe **verdaderamente** para el hombre religioso. A su alrededor, hacia los cuatro horizontes, se extiende el **caos** amorfo de lo desconocido; que, todavía no es mundo porque no ha sido debidamente consagrado.

Donde la hierofanía se ha producido, se opera una ruptura de niveles: las dos **regiones cósmicas** (el mundo divino de los cielos y el subsuelo infernal de los muertos); entran en comunicación con la Tierra que habitan los hombres. Señalado por un árbol, pilar, altar, hogar, columna o cúpula; éste eje (**Ombigo de la Tierra** o Punto Inmóvil) indica el centro simbólico del Universo, sobre el cual el mundo gira. Evoca la creación continua. El misterio del fluir constante de la energía que mantiene con vida a toda la creación. Por ésta abertura, *'Dios descende y el hombre asciende'* (JC, 1948:46). Es ubicuo, porque la potencia sagrada puede manifestarse en cualquier parte y en todos los lugares al mismo tiempo.

El patrón de organización espacial, se repite, cualesquiera sean las dimensiones del espacio consagrado; una nueva ciudad, un santuario o una vivienda. Instalarse en un territorio, construir un templo o tienda; equivale a tomar una decisión trascendental tanto para el grupo como para el individuo. Exige reproducir el Universo en escala microscópica; pero con la mayor exactitud posible. Su obra debe imitar la de sus dioses, la **cosmogonía**; hasta en sus mínimos detalles. El espacio, deja de ser exclusivamente geométrico; para volverse existencial y sagrado. Se santifica, se transforma simbólica y ritualmente en una **imago mundi**. De éste modo, la creación del cosmos *'se convierte en el arquetipo de todo gesto humano creador'* (ME,1998:38), sea en el plano biológico, psicológico o espiritual.

Las formas, los espacios y estructuras reproducen **modelos trascendentes**, diseñados por los dioses. Su existencia, va más allá de los materiales; porque es de naturaleza espiritual, celeste,

incorrupible. Podría ser arrasada y destruida aquí en la Tierra; pero el modelo cósmico que reproduce permanecería intacto, alejado de todo daño material.

El **umbral** (ya sea de una habitación sagrada o del santuario); es, a la vez, símbolo y vehículo del tránsito entre el mundo profano y el sagrado. Donde se continúan, limitan y comunican las dos regiones. Por ser sitios poderosamente significativos, en general tienen **guardianes** mitológicos que protegen la entrada. Ellos ciñen el mundo de lo convencional en las cuatro direcciones, de arriba hacia abajo; en los límites de la esfera vital del hombre. Más allá, se extiende el reino de la oscuridad y lo desconocido, plagado de peligros inimaginables. Los custodios, encarnan fuerzas protectoras y destructoras a la vez; de modo que el paso por el umbral siempre es arriesgado. Corresponde al pasaje entre una y otra dimensión de la realidad. El hombre religioso *muere* simbólicamente para el mundo perecedero de las apariencias y *nace* para el mundo eterno al que se introduce. Si alguien profana el recinto y logra burlar a los espíritus; nada cambia. Por más que haya ingresado, ha quedado atrapado. Su alma ciega es incapaz de percibir y comprender el misterioso poder divino que allí se libera.

Para el hombre religioso, el **tiempo** no es continuo, ni homogéneo. Existe por un lado, la duración temporal ordinaria; es decir, un *tiempo profano*, en el que realiza los actos que carecen de trascendencia espiritual. Y, por otro, un *tiempo sagrado* de naturaleza **reversible** y **circular**. Indefinidamente recuperable mediante la realización de **ritos** y **fiestas religiosas** en las que se retorna al tiempo mítico del origen.

El tiempo cósmico del año constituye un círculo cerrado; nace y se consume hasta agotarse. Pero puede ser enteramente renovado a partir de la **recreación** anual de la **cosmogonía**. Esta repetición ritual del acto creador de los dioses, conforma el **calendario sagrado**; es decir, el conjunto de las ceremonias o fiestas religiosas en las que participa la comunidad entera. Los hombres *salen* del tiempo histórico que se *detiene*; y enlazan con el tiempo mítico primordial que pertenece a la eternidad. Simbólicamente, se presencia el **fin del mundo**, la *disolución* del Universo en el estado larvario de la existencia anterior a la creación divina. La Tierra vuelve a ser amenazada por el reino de las tinieblas, los muertos, el caos y lo amorfo. Se otorgan licencias eróticas (orgías) o sociales; para luego, asistir a la *recreación* del mundo. El hombre se vuelve contemporáneo de los dioses en el momento mismo en que ellos *estaban en trance de crear el mundo, de organizarlo o de revelar a los humanos los fundamentos de la civilización* (1998:69). El tiempo retorna intacto, puro y santo como lo era en el principio. No hay sitio en él para los pecados y las faltas; de modo que el pasado queda abolido y los seres pueden recomenzar su existencia, con las fuerzas vitales renovadas.

La cosmogonía es repetida no sólo cada vez que el hombre religioso crea una ciudad, una casa o un santuario. Sino *‘también cuando quiere asegurar un reinado feliz a un nuevo soberano o le es preciso salvar las cosechas comprometidas, o llevar con éxito una guerra, una expedición marítima, etc.* (1998:62). Pero, sobre todo, en las **curaciones** (CFR:1998).

Para el homo religiosus es el tiempo sagrado el que hace posible la duración profana de la existencia; donde la vida humana continúa siempre renovada y a su ritmo.